

DIARIO DE UN TESTIGO

LA GUERRA VISTA DESDE BRUSELAS

(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Bruselas, sábado 19 de septiembre (de 1914)

Las medidas coercitivas se acentúan cada vez. El invasor estudia – se diría – todo lo que puede prohibir, para que no deje de sentirse un instante su mano de hierro. Desde hoy, por ejemplo, nadie puede, sin permiso de la autoridad alemana, sacar fotografías en las calles, plazas y otros sitios públicos de las regiones ocupadas. Los contraventores serán presos y castigados con multas hasta de tres mil marcos amén del embargo de los aparatos, negativos y pruebas.

¿ Sabéis por qué ? Pues porque en los escaparates se exhibían vistas de las ruinas de Dinant, de Namur, de Lieja, de Lovaina, que los alemanes han confiscado como si fueran otros tantos insultos a la

majestad del káiser.

¿ No hubiera sido mejor abstenerse de esas inicuas e inútiles atrocidades ? « *Arrojar la cara, importa, que el espejo no hay por qué* » – decía Quevedo. (**Nota**)

Antes de ayer se había insistido una vez más en las medidas desde un principio tomadas contra la circulación de automóviles, motocicletas y bicicletas, que sólo pueden andar si los conduce un soldado alemán o con el consabido permiso del comandante militar. Los que traten de cruzar las vanguardias o las líneas alemanas, y los que parezcan hacer o intentar reconocimientos, "*serán fusilados en el acto*".

Y el mismo día, con menosprecio de toda idea de justicia, y sin pensar en los "*innumerables inocentes que han perdido su hogar y sus bienes*" – como dice el magnánimo káiser en la famosa carta del "*corazón que sangra*" (**Nota**) –, la autoridad alemana hizo al pueblo

belga esta nueva amenaza :

"Las localidades en cuya vecindad se destruyan las líneas telegráficas o telefónicas serán castigadas con una contribución de guerra, poco importa que sus habitantes sean o no culpables."

Es lógico.

Roberto J. Payró

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (15) », in LA NACION ; 31/03/1915.

Notas :

Esto es lo que le dice una de las viejas de Francisco de Quevedo que, rebuscando en un muladar, encontró un espejo.

(http://www.franciscodequevedo.org/index.php?option=com_content&view=article&id=320%3Auna-incredula-de-anos-691&catid=38%3Aromances&Itemid=59)

INCRÉDULA DE AÑOS (« Romance XII »)

Una incrédula de años,
de las que niegan el fue,
y al limbo dan tragantonas,
callando el Matusalén;

de las que detrás del moño
han procurado esconder,
si no la agua del bautismo,
las edades de su fe,

buscaba en los muladares
los abuelos del papel:
no quise decir andrajos,
porque no se afrente el leer.

Fue, pues, muy contemplativa
la vejezuela esta vez,
y quedóse así elevada
en un trapajo de bien.

Tarazón de cuello era
de aquellos que solían ser
más azules que los cielos,
más entonados que juez.

Y bamboleando un diente,
volatín de la vejez,
dijo con la voz sin güesos.
y remedando el sorber:

Lo que ayer era estropajo
que desechó la sartén,
hoy pliego, manda dos mundos
y está amenazando tres.

Está vestida de tinta,
muy prepotente, una ley,
quitando haciendas y vidas
y arremitiéndose a rey ;

con pujamiento de barbas,
esta brotando poder
desde una plana biznieta
de un cadáver de arambel.

Buen andrajo, cuando seas
(pues que todo puede ser)
o provisión u decreto,
o letra de ginovés,

acuérdate que en tu busca
con este palo soez
te saqué de la basura
para tornarte a nacer

En esto, haciendo cosquillas
al muladar con el pie,
llamada de la vislumbre
y asustado el interés,

si es diamante, no es diamante,
sacó envuelto en un cordel
un casquillo de un espejo,
perdido por hacer bien.

Mirose la viejecilla,
prendiéndose un alfiler,
y vio un orejón con tocas
donde buscó un Aranjuez;

dos cabos de ojos gastados
con caducas por niñez,
y a boca de noche un diente,
cerca ya de obscurecer.

Más que cabellos, arrugas
en su cáscara de nuez;
pinzas por nariz y barba,
con que el hablar es morder.

Y arrojándole en el suelo,
dijo con rostro crüel:
«Bien supo lo que se hizo
quien te echó donde te ves.

Señoras, si aquesto proprio
os llegare a suceder,
arrojar la cara importa,
que el espejo no hay por qué.

Él pagó solo la pena
de las culpas de su piel,
cuando el muladar de años
como se vino se fue.

Se trata del telegrama que Guillermo II ha dirigido al presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson.

In PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo (8)* », in LA NACION ; 24/03/1915. (Publicado en nuestro sitio con fecha del 10/09/1914.)